

Firma invitada

# Crisis y resurrección de la utopía

Fernando Aínsa



Existen noches en que todo es posible (Miguel Ángel Arrudí)

Se cumple este año el quinto centenario de la publicación de *Utopía* (1516) de Tomás Moro. Mientras se organizan grandes celebraciones —entre otras, un gran Congreso Internacional en Lisboa y otro en la Universidad Eötvös Loránd de Budapest— vale la pena recordar que desde 1989, con el desmoronamiento del bloque soviético, se ha generalizado la idea de que el discurso utópico ha perdido toda vigencia. En la actualidad todo conduce a pensar que la utopía ha caído en desuso. En las conversaciones coloquiales la palabra utopía ha pasado a ser sinónimo de prospección de lo imposible, sueño o quimera irrealizable, proyecto desmesurado que, aun cuando pueda ser positivo desde un punto de vista teórico, resulta inactual, «pasado de moda».

En la acelerada demolición de sueños y esperanzas con que se ha identificado el post-modernismo, la función utópica que acompañó la historia del imaginario individual y colectivo desde que el hombre es *homo sapiens* se ha cancelado de golpe y arrojado al baúl donde se ofrecen en saldo ideologías empobrecidas, incapaces de dar respuesta a nuevos desafíos. El “soñar despierto”, según la definición de Ernst Bloch en *El principio Esperanza*, que caracterizó buena parte de la historia del pensamiento del siglo XX, se ha transformado en un inventario de decepciones, cuando no de pesadillas y toda intención utópica reenvía a la triste realidad de utopías realizadas o de utopías negativas del tipo de *Nosotros* de Eugene Zamiatin, *Un mundo feliz* de Aldous Huxley o *1984* de George Orwell. Lo que ha permitido que se confunda sin mayor rigor el fin del “gran relato de la historia” con el “fin de las utopías”, tras un siglo en que proliferaron ambos por doquier.

## El siglo XX desbordante de utopías

La verdad es que si miramos hacia atrás, desde la perspectiva de la historia de la utopía, vemos al

siglo XX como un siglo desbordante de ideas y proyectos; movimientos artísticos, vanguardias exuberantes, manifiestos radicales; un siglo profundamente ideologizado y de pensadores fuera de lo común, talentos explosivos y polémicas apasionadas; políticas objeto de adhesiones fervorosas, siglo de cóleras colectivas y exterminios fríamente programados, sangrientas guerras civiles como la española de 1936–1939, conflagraciones mundiales como la Gran Guerra del 14–18 y la Segunda guerra mundial; revoluciones esperanzadoras como la mexicana de 1910; la de Octubre del 17; la cubana del 59; la revolución cultural china y el predicamento del *Libro rojo*. Años en que la sola palabra Revolución parecía resolverlo todo; años de crítica radical del sistema capitalista y de la burguesía a abolir; de denuncia del imperialismo y la sociedad de consumo; años en que moral y política confundían sus fines; en que la juventud era la depositaria del futuro y actor privilegiado de un presente vivido en “acción directa” como sucedió en las movilizaciones de los años sesenta en Berkeley, México y París.

“ Se ha confundido sin mayor rigor el fin del “gran relato de la historia” con el “fin de las utopías”, tras un siglo en que proliferaron ambos por doquier. ”

Un siglo donde el discernimiento se sacrificó a las certidumbres; la hipercrítica y los sistemas totalizantes y de vocación absolutista se impulsieron a partir de textos canónicos de autores como Hebert Marcuse, Ivan Illich, Jean Paul Sartre, Michel Foucault y tantos otros “gurus” del pensamiento. Un siglo de extremos y excesos, del que la utopía pareció haber salido escaldada, por no decir derrotada, después de la eclosión

de 1968, el que pudo ser su instante de gloria, tanto en Europa como en América.

Sin embargo, debe reconocerse que —pese a todo— este vasto movimiento inauguró una transformación cultural profunda cuyas repercusiones serían universales y llegan hasta nuestros días. El 68 no culminó en una revolución, es cierto, pero fue una rebelión esencialmente anti autoritaria que, si no conquistó el poder, provocó profundos cambios en la sociedad. Sus efectos se pueden rastrear hasta hoy en día en las costumbres, el lenguaje, la música, la pintura y la literatura; en la práctica libre y desenfadada del sexo; en las nuevas preocupaciones de la humanidad: formas de democracia directa, ecología, feminismo, reivindicación de derechos humanos y de minorías, movimientos alternativos alrededor de la idea de que “otro mundo es posible”.

## Ante la “era del vacío”

En realidad, todo indica que el ciclo de las revoluciones del siglo XIX y XX se ha acabado. De poco han valido los movimientos alternativos surgidos alrededor de las movilizaciones como el 15M en España, rápidamente estructuradas en partidos políticos de procedimientos y reivindicaciones similares a los partidos tradicionales a los que pretendía sustituir. Con el derrumbe de las ideologías “seudo revolucionarias” —como las llamó Castoriades— se ha empezado a vivir en la “era del vacío” de que habla, por su parte, Gilles Lipovetsky, donde el discurso utópico parece haberse vaciado de toda reflexión prospectiva y se han erradicado la mayoría de las tensiones en aras de un eclecticismo complaciente o se ha reducido a una maniquea confrontación entre propuestas más fundamentalistas que revolucionarias. Desde hace unos años todo invita a abandonar la causa de la utopía, tanta dispersión procura la oferta del mundo globalizado en que estamos inmersos, tantas du-

das nos asietan sobre las que eran, hasta no hace mucho, profundas convicciones, zarandeadas ahora por la crisis y el escepticismo.

A ello ha contribuido el discurso “securitario” y maniqueo implantado a partir del 11-S del 2001, fecha del atentado a las Torres gemelas, que no ha hecho sino desterrar aún más el pensamiento crítico y alternativo que parecía haber encontrado en las consignas antiglobalizadoras una vía de exploración utópica. Irónicamente, podríamos decir que, desde entonces, “el principio esperanza” de la poderosa ensoñación de Ernst Bloch ha sido sustituido por “el principio de precaución y cautela”.

La “sociedad del riesgo mundial” nos ha conducido a lo que puede calificarse el “internacionalismo del miedo”: miedos globales *económicos*, como el que vivimos en la crisis financiera de la que no hemos salido todavía; precios de materias primas y alimentos objeto de inversiones especulativas; miedos *territoriales*, conflictos locales y guerras regionales de repercusión mundial; miedos *ecológicos*, cambio climático, agujero de la capa de ozono, contaminación del aire; miedos *individuales*, inseguridad ciudadana, amenaza del terrorismo, del yihadismo, Al Qaeda, del estado islámico (EI); miedo a las *responsabilidades colectivas*, abandono de deberes, indiferencia ante el prójimo, lo que en el Río de la Plata se llama el “no te metás”, de tan funestas consecuencias en la historia reciente.

Pese a este panorama, no podemos aceptar que ahora, cuando más necesario debería ser imaginar otros futuros posibles y salidas al *impasse* monotemático imperante en que estamos sumergidos —el pensamiento único, lo políticamente correcto— el discurso utópico se haya excluido de todo debate.

Ello resulta aún más importante cuando, debido a la desorientación provocada por la liquidación de un orden que ofrecía consignas, referentes y explicaciones simpli-

ficadas sobre todo lo que sucedía, hay quienes se sienten tentados de refugiarse en un pasado idealizado o en formas cerradas y autárquicas del pensamiento. Justamente por estas carencias y este riesgo de involución, el pensamiento utópico debe ser reivindicado, “reconstruido”; *La reconstrucción de la utopía*, así hemos titulado una de nuestras obras consagradas al tema.

## “ La “sociedad del riesgo mundial” nos ha conducido a lo que puede calificarse el “internacionalismo del miedo”. ”

Con apasionado énfasis, la utopía ha propiciado denuncias de injusticias y desigualdades y ha inspirado el pensamiento anti-imperialista o el de la filosofía de la liberación con un sentido de urgencia ideológica más persuasivo que demostrativo y donde el conocimiento del mundo no se ha separado del proyecto de transformarlo. Ello explica episodios significativos de la historia, pero también la crónica “silenciada” de la disidencia y del pensamiento heterodoxo, los sueños y los proyectos sobre “lo posible lateral”, todo lo que podríamos llamar “potencial implícito” y que otros consideran causa de que Europa sea un “cementerio de ideologías”.

El estudio de los diferentes modelos e intenciones utópicas subyacentes en la historia de las ideas nos permite descubrir con una perspectiva «enciclopédica» todo lo iniciado y no consumado en el pensamiento, la política y la cultura. Este rico panorama permite entender el vigor que ha tenido la función utópica en los diferentes modos de expresión en que se ha traducido: desde la filosofía a las artes, de las plataformas políticas a las experiencias alternativas llevadas a cabo en su territorio.

Ahora bien, ¿qué entendemos en la actualidad por utopía?; ¿a qué ha quedado reducida la función utópica?; ¿qué podemos proponer desde nuestra perspectiva?

En esa dirección van nuestras siguientes reflexiones.

## Relectura y reinvención de la Ilustración

Por lo pronto, recuperando algunos aspectos del pensamiento de la Ilustración para invitar a una relectura contemporánea de la tradición crítica y humanista del siglo de las Luces. Estudiar y conocer las ideas, postulados, aspiraciones y sueños de esos años embrionarios del mundo moderno no pueden sino contribuir a comprender mejor los problemas de la realidad y la cultura de nuestro tiempo. En esta recuperación, verdadera filiación para una redefinición del pensamiento utópico, se inscriben las obras recientemente publicadas, *Reivindicación de la Ilustración. Hacia una política de compromiso radical* de Stephen Bronner, *L'Esprit de l'illustration* de Tvetan Todorov, y la reedición de dos obras fundamentales: *Filosofía de la Ilustración* de Ernst Cassirer y *Dialéctica de la Ilustración* de Theodor Adorno y Max Horkheimer y muy especialmente *Lumières de l'utopie* de Bronislaw Baczko, donde el filósofo polaco desarrolla la estrecha relación de la utopía con el siglo de las luces.

“Luces de la utopía, utopía de las luces”, propone en un significativo juego de palabras, para recordar como a partir de los principios de la Ilustración, se desarrolló la vasta panoplia de propuestas utópicas que caracterizan el fin del siglo XVI-II y principios del XIX, donde el ser humano pasa a ser demiurgo de su propio destino, renovación revulsiva del pensamiento que sigue proyectándose en el presente.

“Después de la muerte de Dios, después del hundimiento de las utopías, ¿sobre qué base intelectual y moral queremos construir nues-



Cabeza de alfiler con la imagen de Tomás Moro (Mari Sol Rey)

tra vida en común?” —se pregunta Tzvetan Todorov al emprender la búsqueda de un marco conceptual que pueda fundar el discurso y los actos del reflexionar contemporáneo—. Su búsqueda desemboca en el espíritu de la Ilustración, cuando por primera vez en la historia de la humanidad se propuso y aceptó que el ser humano pudiera reflexionar por sí mismo, fuera de todo dogma, autoridad y creencia apriorística. En ese regreso, Todorov ensalza la fórmula eficaz del racionalismo de Descartes y el empirismo de Locke y propugna un retorno a los olvidados ideales del Siglo de las Luces: el pensamiento crítico, la razón, la ciencia, la libertad y el principio de la duda frente a toda verdad proclamada en forma absoluta, pero, sobre todo, al lema de Rousseau: “pensar y actuar según los principios del juicio propio”. Todo ello manejado en la “razón común y compartida”, sometiendo al libre examen las con-

vicciones personales y en el “diálogo argumentado” que preconizaba Condorcet.

El pensamiento ilustrado —encarnado en el Siglo de las Luces— tiene un alcance político universal y una tradición que sigue vigente no sólo por las ideas de libertad y tolerancia que consagró, sino por las acciones que inspira en la actualidad para contrarrestar las expresiones de todo tipo de fanatismo o exaltado nacionalismo. La Ilustración sigue comprometida con causas progresistas que intentan desterrar prejuicios y cuestionar creencias populares arraigadas, “restregando a la sociedad a contrapelo”, al decir de Walter Benjamín.

Lo importante de esta relectura reivindicativa de la Ilustración no es abordarla con un exclusivo criterio historicista limitado al siglo XVIII —“siglo de la crítica”, como lo llamara Kant— sino como un alegato a favor de un modo de pensar im-

prescindible para abordar el presente. El Siglo de las Luces, aunque es históricamente un siglo “pasado”, debe percibirse como una “actitud” ante el mundo. Los ensayistas que propician esta revisión recuerdan que las ideas de la Ilustración han sido fundamentales para erradicar dogmas nacionalistas y religiosos y desarrollar una labor política decidida a transformar la sociedad en más democrática, más cosmopolita y más experimental, al mismo tiempo que implantaba el laicismo, la ciencia, el cosmopolitismo, el rechazo de privilegios de clase, los compromisos republicanos, la valorización del ciudadano y la búsqueda de reformas sociales como las impulsadas por socialistas que reivindicaron esa tradición más allá del marxismo que profesaban, como Karl Kautsky, Rosa Luxemburgo, Jean Jaurès, León Blum y Ernst Bloch.

Una actualidad que permite a Adorno afirmar: “el pensamiento

crítico no se detiene ante el progreso y exige tomar partido a favor de “los residuos de libertad” y de “la humanidad real”, mientras que para Noam Chomsky los valores de la Ilustración son “valores de verdad, libertad, independencia y justicia”. En resumen —como considera Bronner— “siguen con nosotros” estos pensadores que “hablaban en nombre de los humildes y despreciados”; son los que ahora apoyan “la lucha de cualquier movimiento progresista y proponen el tipo de mundo que toda persona decente desea ver. Su tarea no ha pasado de moda”.

## “ El pensamiento ilustrado —encarnado en el Siglo de las Luces— tiene un alcance político universal y una tradición que sigue vigente. ”

Salvado este riesgo, es importante que el nuevo pensamiento ilustrado alerta sobre los fundamentalistas religiosos que sitúan la autoridad por encima de la libertad, la revelación por encima de la ciencia (basta pensar en el debate entre creacionistas y evolucionistas) y el “choque de civilizaciones”. Abogar por la tolerancia frente al prejuicio, por la innovación frente al inmovilismo, por los derechos de la minoría frente al entusiasmo de la mayoría, y por la autonomía moral del individuo frente a las afirmaciones reveladas de la autoridad política o religiosa, siguen siendo prioritarios frente a la marcha inexorable hacia el “mundo administrado” y la “resurrección de mitos” que ya denunciaba Adorno. De los principios de la Ilustración —el progreso, la razón científica, el liberalismo, los derechos humanos, la solidaridad y la ética— emerge la figura de la “comunidad cosmopolita de intelectuales críticos” que des-

precia dogmas, prejuicios y privilegios y está abierta a la comprensión de las culturas más diversas.

### La raíz antropológica de la utopía

La utopía, tradicionalmente concebida como propuesta política o social, ha prescindido en general de esa necesaria dimensión cultural. Por ello, toda utopía futura tiene que tenerla en cuenta y apoyarse en las expresiones culturales, sin romper toda relación con la realidad. A todo lo más debe “tensarla” ser expresión de una insatisfacción, que tenga en cuenta los ritmos de los diferentes grupos sociales, sus costumbres y creencias. No puede ignorar las complejas realidades culturales amenazadas por la globalización económico-financiera, porque, en definitiva, sólo los cambios culturales podrán dar permanencia y consistencia a los cambios políticos.

Lejos del fundamentalismo y del voluntarismo de las décadas anteriores, las perspectivas de la utopía se proyectan ahora en un espacio de más lenta elaboración, donde se demanda una mayor “paciencia histórica” que la urgencia vigente hasta fines de los años sesenta. En este sentido, es posible compartir con Claudio Magris que la crisis actual no deja de ser positiva, ya que el final del mito de la Revolución y el Gran Proyecto tendría que dar “más fuerza concreta a los ideales de justicia” despojados de las perversiones de su idolatría mítica y totalizante. Para lograrlo el ensayista italiano recomienda paciencia y tesón, en un justo equilibrio entre “utopía y desencanto”.

Liberados de los mitos y de la idolatría de vocación absolutista, sabiendo que el mundo no puede ser redimido de una vez para siempre y que “cada generación tiene que empujar, como Sísifo, su propia piedra, para evitar que ésta se le eche encima aplastándole”, utopía significa —para Magris— “no ren-

dirse a las cosas como son y luchar por las cosas tal como debieran ser”<sup>1</sup>, aunque se lo matice con el necesario “desencanto”. La utopía y el desencanto no se contraponen, sino que se sostienen y corrigen recíprocamente para actualizar sus modelos. El desencanto, al corregir la utopía, refuerza su elemento fundamental: la esperanza y —es bueno recordar con Kant— que esta no nace de una visión del mundo tranquilizadora y optimista, sino de la laceración de “la existencia vivida y padecida sin velos, que crea una irremediable necesidad de rescate”.

Aquí está la clave: tomar conciencia de que la redención, prometida y perdida, tiene que buscarse con paciencia y modestia, sabiendo que no poseemos ninguna receta definitiva, pero también sin escarner la íntima esencia que la función utópica ha desempeñado en la historia de la humanidad y en la de América Latina en particular. Con esta modesta paciencia —lo que el venezolano Naím Piñango llama “el trabajo de carpintería” — hay que superar la impaciencia revolucionaria que ignora la preparación y los pasos progresivos que toda acción requiere, tanto si se presenta como la voluntad de un caudillo que “engendra realidades” políticas de prosperidad con solo enunciarlas, transformando la improvisación en virtud, como cuando el “voluntarismo institucionalizador” imagina que los objetivos de un decreto o una ley ya han dado sus resultados apenas se lo ha sancionado.

La utopía sigue siendo una realidad y una necesidad que ya no tiene como eje la construcción de sistemas, sino la creación de una responsabilidad individual unida a la interacción colectiva. Estamos lejos, pues, de los sistemas totalizantes, las visiones programáticas integrales y de ese voluntarismo iluminado de la utopía clásica y

<sup>1</sup> Claudio Magris, *Utopía y desencanto*, Barcelona, Anagrama, 2001, p.11.

más cerca de “un futuro en construcción” —al decir de Paul Valéry— “construcción que se hace día a día en el presente, en el aquí y en el ahora” y que, por tanto, está más inserto en la idea de probabilidad que en la de certidumbre. Ya no hay un futuro que pueda ser determinado, hay “una pluralidad de futuros posibles que van a depender de la sabiduría con la cual se perciban las tendencias contemporáneas y sus posibles impactos” (María Ramírez Ribes).

Son estas las vertientes de la utopía que pueden proyectarse más allá de la nostalgia y el desencanto. Utopías que desarrollen una “capacidad de rebeldía ciudadana sensata” y que vayan más allá de las propuestas ecológicas o sociales de los movimientos contestatarios tradicionales para influir de un modo más determinante en la política.

### **Los signos de una “segunda” mundialización**

La nueva utopía debe vincularse con el diálogo intercultural, la apertura plural a la alteridad, la creación de espacios de mediación y mestizaje y debe inscribirse en la mundialización de los espíritus que, con sus reflexiones a escala universal, sus luchas y resistencias, plantea alternativas reales y posibles a la globalización económico financiera imperante: inevitable “segunda modernización” que —según creemos— ya está en curso.

En efecto, todo indica que estamos asistiendo al inicio de una segunda mundialización, cuyos componentes no son exclusivamente económicos, sino de civilización, cultura y ciudadanía. Los signos que la anuncian son plurales: políticos (procesos de integración y regionalización), sociales (movimientos de resistencia y contestación a escala internacional) y culturales (hibridación, emigración, exilio, interculturalidad). La reacción ética que generan problemas como la tortura, los desaparecidos, el genocidio

y las guerras étnicas y religiosas, las olas de refugiados que intentan alcanzar Europa, va integrando una vasta urdimbre de solidaridad que rebasa fronteras y se articula en organizaciones y movimientos de todo tipo.

“ La utopía sigue siendo una realidad y una necesidad que ya no tiene como eje la construcción de sistemas, sino la creación de una responsabilidad individual unida a la interacción colectiva. ”

Los exacerbados contrastes entre el empobrecimiento crítico de una parte de la población y la concentración de riqueza en grupos minoritarios por la otra se han traducido en una verdadera “deuda social interna”, donde las diferencias sociales y económicas condenan a vastos sectores de la población a situaciones extremas de pobreza crítica, con todos sus efectos de marginación y de privaciones a nivel de mera supervivencia. El pensamiento utópico no puede prescindir de esta realidad.

Este proceso, según todas las previsiones, se irá acelerando en los próximos años. El siglo XXI necesita de una creciente coordinación consensuada en forma interdisciplinaria entre organizaciones internacionales, gobiernos, asociaciones y organizaciones gubernamentales para hacer frente a la mayoría de estos problemas y —por qué no decirlo— necesita también de una cierta tensión utópica.

Para muchos, una nueva utopía puede parecer irrealizable. Sin embargo, no lo es tanto. En un mundo redimensionado como el actual, todo invita para que la textura compleja, diversa y plural de la realidad socio-cultural arranque a la utopía de la esfera de su vo-

cación totalizadora (por no decir totalitaria) exclusivamente política, para insertarla del lado de la “otredad” y de la “socialidad” en las relaciones inter humanas de la que solo puede beneficiarse una democracia radicalizada y relaciones interculturales abiertas y dinámicas. La utopía no debería pertenecer al círculo del conocimiento absoluto, sino del “encuentro”, lo que E. Lévinas intuye en *Totalidad e infinito* como un campo de investigaciones apenas entreabierto: la utopía de lo humano.